

No se toman por placer puro, aunque muchos drogadictos dicen que es sólo por eso; realmente no, sino que se hacen drogadictos porque previamente están muy aislados, con muy pocas expectativas de vida. Yo creo que en las sociedades donde el opio o la morfina se han consumido más hay menos adictos, porque es un consumo ritualizado tradicionalmente, con fines religiosos en algunas ocasiones, como es el caso del alcohol en los sistemas occidentales; el vino de la Misa, por ejemplo.

Volviendo a las drogas ilegales, hay que abordar el tópico del primer escalón. Recientemente se están haciendo especulaciones, cuando no afirmaciones, sobre la nocividad de la cannabis, y desde algunos sectores se critican las sociedades más liberales que han decidido tolerar el consumo de la marihuana y el hashish; por otra parte, se achaca a esta tolerancia el paso siguiente hacia el ácido o incluso los opiáceos.

—Estadísticamente, esto no es cierto. Si bien es cierto que montones de consumidores de heroína han pasado antes por ser consumidores de marihuana, de eso no cabe deducir que una cosa lleva a la otra. Es poner en relación dos cosas que, si tienen algo que ver, es en la medida en que son drogas proscritas y que se ofertan o circulan en el mismo mercado. No hay razón de tipo bioquímico, ni metabólico, ni biológico que demuestre que una droga lleva a otra, sino que al estar en el mismo circuito son ofertadas indistintamente, de modo que alguien puede ir pidiendo chocolate y le pueden ofrecer heroína.

—Esto pasa —opina el psiquiatra— porque no hay información y el sistema, interesadamente, ha confundido ambas drogas.

Enrique se inclina a pensar que la escalada es más bien interior, que hay gente necesitada de fumar lo que sea, de tener experiencias arriesgadas. Una cierta juventud desesperanzada, que no cree en nada, con unas circunstancias socioeconómicas pésimas, que parece que no puede aspirar a nada: "Estudiar no sirve de nada, porque luego no hay trabajo. Casarse, ¿para qué? Es un fracaso".

—Las metas sociales —afirma— que el sistema ofrece a muchos jóvenes no les dicen nada, y en parte porque son inalcanzables. Entonces se plantean la vida como una experiencia arriesgada. Es evidente que la heroína puede producir placer, un placer inmediato, aunque también tiene su riesgo, pero es que hay mucha gente que no tiene mucho que perder.

—Entonces, el heroínmano, ¿conoce el riesgo o, quizá, no sabe que puede perder la vida en una sobredosis?

—Puede haber alguno que la empiece a consumir en un acto de valentía, porque los demás no se atreven, y puede atraerse la admiración de la gente. Pero eso sólo puede ser al principio. Cuando se hace adicto, no le importa ya nada ni nadie, lo único que busca es calmar

una necesidad, ni siquiera el placer.

La OMS (Organización Mundial de la Salud) afirma que siete dosis de heroína inyectadas en vena son suficientes para convertir a una persona en adicto; sin embargo, la opinión del doctor González Duro es más flexible:

—Pues esto varía mucho, porque depende de la persona. De por sí, pincharse heroína no lleva a la toxicomanía. Eso va en función de las actitudes, del medio, de las circunstancias. Por la misma razón que otros opiáceos como la morfina se han usado desde siempre y no todo el que se ponía morfina para calmar un dolor se hacía morfínmano. De igual manera pasa con la heroína. Pincharse una vez no significa, ya ineludiblemente, que se va a ser heroínmano, pero si se toma como una salvación, se cae en la necesidad y, por lo tanto, en la adicción. También depende mucho de la situación económica. Un individuo que tenga dinero puede perfectamente controlar el uso de la droga, porque no le lleva a la desesperación. Sabe que puede drogarse

cuando quiera. El miedo a no tener la dosis es un efecto psicológico que hace que el heroínmano tenga casi que orientar toda su vida a fin de conseguirla. En cambio, el que tiene posibilidades no tiene esa dependencia. No está obligado a sumergirse en la clandestinidad ni tiene que robar para pagar las dosis que necesita.

—Entonces resulta que el problema de la adicción es una cuestión de clases.

—Influye mucho. Es decir, no se pueden catalogar las drogas exclusivamente en función de su toxicidad. Por eso hay gente que puede controlar el consumo de la heroína y otros que picándose diez o doce veces ya se hacen adictos.

—Pero el síndrome de abstinencia será el mismo para todos.

—Sí, sí, pero el síndrome tiene una parte física y otra psicológica, y a lo puramente físico, que es la falta de tóxico, se une la angustia por la falta y el miedo al mismo síndrome. Objetivamente, este síndrome no es una cosa terrible, hay enfermedades mucho más dolorosas, lo terri-

ble es saber que uno está mal y que hay una solución, que es la dosis. El hombre tiene una capacidad de resistir el dolor y de resignarse cuando sabe que no hay solución. Pero, ¿cómo aceptar un sufrimiento cuando se sabe que la solución está ahí y que es nítida y que no hay duda?

—Usted ha dicho en otra ocasión que el drogarse aparta a los jóvenes de otras actividades más peligrosas, y resulta que los periódicos dan todos los días los números de farmacias atracadas.

—Lo que quiero decir es que dada la situación actual de paro, es propicia la tolerancia, puesto que el que se droga no va a protestar. En una sociedad de pleno empleo, donde todo el mundo tuviera que trabajar y no existiera crisis económica, probablemente no se podría tolerar al individuo que se droga, puesto que no produciría lo suficiente. Pero actualmente, ¿para qué queremos a tantos parados lúcidos, rebeldes, críticos?, pues es mejor que se droguen y que la protesta la enfoquen por ahí.

—Sin embargo, hay una minoría que para conseguir la dosis tiene que robar.

—Sí, pero para eso está la Policía, las cárceles. Es decir, yo estoy convencido de que los problemas de marginación social están producidos por el sistema, que, a su vez, inventa los aparatos suficientes para controlar esa marginación que produce. Entonces, si se roban farmacias, pues se ponen más vigilantes, se fomentan los sistemas de seguridad. Porque, ¿hasta qué punto no interesa a los productores de puertas blindadas y alarmas que haya inseguridad ciudadana? Y mientras más se robe, la Policía tendrá más poder, porque de otra forma, sería contestada.

Enrique González Duro acaba englobando el fenómeno de la crisis general del sistema capitalista, pero tampoco se atreve a afirmar que el mundo socialista haya resuelto este asunto del consumo de drogas. La cosa no es tan fácil. ■

Enrique González Duro: "Los drogadictos tienen que coger lo que sea. Si no encuentran la droga que más les apetece, pues cualquier otra, incluso acuden al alcohol que es otra droga, y bastante dura por cierto".

